

Hoy recuerdo mi acerba desgracia
 En presencia de tanta grandeza,
 Y se dobla mi debil cabeza
 Bajo el peso fatal del dolor!
 ¡ Ah yo quiero lanzar un gemido
 Que dé vida al abismo desierto...
 Mi suprema esperanza no ha muerto...
 ¡ El misterio infinito es mi amor!



UN POETA EN NUESTROS ANDES.

Literatos por antifrasis, aquellos que, atormentados por una malevolencia vil, se deleitan en contemplar las cosas ajenas con el microscopio miserable de la envidia, me acusarán de vanidad por haberme resuelto á estampar aquí esta hermosa produccion del Sr Riofrio; pero los hombres generosos, aquellos que desde una region alta y serena contemplan las cosas en horizontes dilatados con el telescopio claro y luminoso de un noble criterio, reconocerán fácilmente las razones que me han asistido para reproducir en este lugar varios fragmentos de una composicion tan elevada y que tanto contribuye á la mejor inteligencia de mis descripciones de los Andes.

El héroe y el poeta no tienen un centro de gravedad semejante al que arregla las leyes de la materia: ellos buscan, como el águila, su mansión en las alturas, y quieren también, como el cárabo, penetrar en los abismos. Ellos no encuentran aplomo en ninguna superficie: su centro de gravedad está en el corazón de lo infinito.

El héroe de Colombia se juzgó sublime, cuando le sirvieron de pedestal las cumbres del Chimborazo: en aquel instante fué feliz, porque creyó estar mirando “de una ojeada los rutilantes astros, los soles infinitos.”

En las bóvedas de la inmensidad resonaron entonces sus voces de guerrero: sintió que unos ecos mas profundos le ocupaban toda el alma y que querian escaparse por sus lábios: les dió libre salida, y se escucharon estas májicas palabras: “Estoy tocando con mi cabeza la copa del firmamento y con mis pies los umbrales del abismo.” ¡Qué elevacion tan sorprendente!

El héroe se halló, pues, en el elemento del poeta y fué un poeta en su lenguaje.

Ahora un jóven, español, el autor de “LAS FLORES DEL DESIERTO,” el poeta Fernando Velarde, á quien tanto debe la literatura del Perú, ha sido atraído, desde el antiguo mundo, por el iman de nuestras nieves; ha visitado las cumbres que el héroe recorriera, y ha saludado desde el cráter de los volcanes la profundidad de los abismos.

El poeta se ha hallado, pues, en la mansion del héroe y ha sido un héroe en su intrepidez.

¡Qué puntos de contacto, qué ocultas relaciones, qué misteriosas simpatías se dejan traslucir á cada instante entre los héroes, los poetas, las cumbres y los abismos!

Pero ¡oh Velarde! oh poeta! Cuán lejano está lo infinito de las cumbres que has visitado! Tú ha-

brás podido creer, como Bolívar, que pasabas á todos los hombres en fortuna, al elevarte con mucho sobre todas las cabezas. Mas volviendo á tus jeniales meditaciones, hallarás vapores melancólicos que ofusquen tu ilusion: hallarás que los Andes son pigmeos, y concluirás diciendo con el héroe “¡qué! ¿montar sobre la cabeza de un alfiler es subir?”

Levanta tu vuelo sobre los héroes y los Andes y arrastrarás en pos de tí á todos los espíritus que sepan comprenderte; y si nadie te comprende, camina solitario: la noche y la soledad son tambien compañeras del poeta.

Quito, á 22 de Setiembre de 1855.

MIGUEL RIOFRIO.



En el album de la Sta. D. Amelia Riglos.

Estás brindando juventud y vida,
Gloriosamente virginal estás!
Llena de gracia y de perfume henchida,
Por todas partes como en triunfo vas!
Cuando te exaltas, el festin del mundo
Siente armoniosa exaltacion tambien—
Su afan redobla con fervor profundo,
Centuplicando la ilusion del bien.

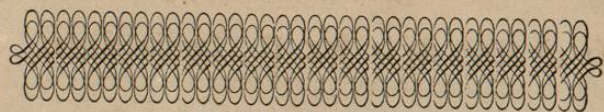
Intimas ansias, ambicion, tristeza,
Vas infundiendo en corazones mil,
Cuando inflamada tu interior belleza,
Tu faz se alegra, cual florido Abril.

No sé que magia tu hermosura tiene,
Envuelta en blondas de flotante tul,
Pareces blanco serafin que viene
Del cristalino firmamente azul.

Si yo tuviera la vibrante lira
Que en mis tormentas de ansiedad pulsé,
Yo te dijera cuanto al alma inspira
El sentimiento que en tu faz se vé!

Yo te dijera cuanto el hombre siente,
Su inestinguible turbulento afan,
Al ver tus ojos que un Océano hirviente
De eterna luz reverberando están.

Mas ya pasaron los sublimes dias
De mi doliente y solitario amor;
Solo me quedan las cenizas frias
De aquella pira de infinito amor!



TRES DESPEDIDAS.



AL SR. JOSE M. MUÑOZ EN PRENDA DE LA MAS
PROFUNDA SIMPATIA.



I.

Mi espíritu está triste hasta la muerte,
Es un gemido inmenso el alma mia!
Porqué me ultrajas, implacable suerte,
Porqué me humillas desventura impia?
En vano gira el pensamiento fuerte,
Aguila eterna en la region vacia
Y con doliente, incontrastable anhelo
Tiende al sublime porvenir el vuelo.

Mi vida triste, solitaria, obscura
Se arrastra, cual serpiente en el desierto,
Y se pierde el raudal de mi ternura,
Cual se pierde el Jordan en el Mar Muerto.
Hondo es el cáliz que mi lábio apura,
Como el que Cristo repugnó en el huerto....
Porqué me distes á la luz del dia,
Si soy tan desgraciado ¡ madre mia!

De lo pasado se ha rotpido el nudo,
Solo nos quedan tradiciones vanas :
De las tormentas el estruendo rudo,
El trémulo clamor de las campanas,
De los abismos el silencio mudo,
De los astros las músicas lejanas
Van repitiendo en lúgubre concierto
Llorad! Llorad! ... el Cristianismo ha muerto!

II.

Pasó la hermosa, virginal fragáncia
De mi amoroso y floreciente abril :
Ha sido inútil mi genial constáncia,
Ha sido estéril mi ambicion viril.

Nada en el valle del dolor espero,
La noche eterna descendiendo está !
Doliente lira de mi amor primero,
Sonó la hora del silencio ya !

Desventuradas ilusiones mias,
Hojas mústias y pálidas, caed !
Del mes de Octubre en los postreros dias
Solo queda con hojas el ciprés.

Inundados de lágrimas los ojos,
Pasar contemplo con doliente afan
De la vida los frájiles despojos,
Hojas muertas que nunca volverán !

En las confusas, cenicientas cimas,
Amarillento resplandece el Sol.
Se van las aves á lejanos climas,
Es la tierra un inmenso panteon !

Cual negro dardo, mis entrañas hiere
Del triste Otoño el moribundo ay !
Ved como pasa y se disipa y muere
Lo mas hermoso que en el mundo hay !

Yo desfallezco de pesar, Dios mio !
Lánguida está mi juventud, Señor !
Cual blanco lirio que abrasó el estío,
Cual vírgen casta que murió de amor.

Del torbellino entusiasmada lira,
Organo ardiente de mi eterno afan,
Enamorado corazon, suspira !
Los huracanes en silencio están.

Mis ilusiones lánguidas murieron,
Está muriendo en Occidente el Sol !
Las sombras del Ocaso descendieron....
La campana !... silencio !... la oracion ... !

*En estos amores hay algo sublime
Que nunca los siglos podrán destruir.*

III.

Mujer divina, adoracion primera
De mi existencia enamorada en flor :
Voy á ofrecerte la oblacion postrera
Sobre el sepulcro del primer amor.

Antes que el negro y solitario olvido
Descienda para siempre sobre mí,
Quiero que escuches mi postrer gemido,
Quiero que sepas mi dolor sin fin.

En otro tiempo enternecida oías
El himno de mi musa virginal,
Y llorabas de amor y sonreías
Y me mirabas con doliente afán !

La desgracia, los años, las pasiones
Que obscurecieron tu conciencia azul,
Se llevaron tus blancas ilusiones
Con su ondulante y luminoso tul.

Ya no puede excitar tu sentimiento
La voz de mi doliente corazón,
Aunque, vibrando en el nocturno viento,
Lleve hasta tí mi fúnebre dolor !

De nuestro amor la funeraria pira,
Alumbra solamente mi ataúd !
Allí te dejo la funesta lira
Que llenó de ansiedad tu juventud.

Es la lira doliente y melodiosa
Que tu tristeza súbita arrulló,
Cuando exhalabas, cual virgínea rosa,
El vago aroma del primer amor.

Quiero que aceptes mi sagrada oferta,
Quiero que llores otra vez por mí,
Porque, si lloras ! mi esperanza muerta,
Galvanizada temblará por tí !

Arrebatada de entusiasmo ardiente,
Rayos lanzando de inmortal fulgor,
La vil mortaja rasgará tremente
En un arranque de infinito amor !

Sueños, misterios, ilusiones creas
En el sublime horror del ataúd.
Siempre adorada y bendecida seas,
Bélla es la muerte, si la mandas tú !

Ya nunca, nunca escucharé tu acento,
Ni tú tampoco mi canción oirás !
Flores del alma que arrebató el viento,
Jamás renacen, Serafín, jamás !

Triste, muy triste mi fortuna ha sido,
Horas infandas he pasado aquí.
Mas siempre tuve en medio del olvido,
El gran consuelo de llorar por tí !!

Siempre pensando en tí con gran tristeza
Mi triste juventud agonizó !
Ante mí tu romántica belleza,
Cual moribunda música pasó !

Pronto la muerte arrojará mis huesos
Sobre las rocas de extranjero mar,
Y tu entretanto colmarás de besos
Al ser dichoso á quien juraste amar.

Lleno de angustia el corazon desmaya,
Porque no puede sin tu amor vivir.
¡ Ay es muy triste en extranjera playa
Sin estrecharte al corazon morir !

Mas no es la muerte lo que horror me inspira,
Ni haber perdido tu terrestre amor ;
En otra esfera el pensamiento gira,
En horizontes de ambicion mayor.

Cuando á la negra eternidad descieras,
Mujer! mujer! te acordarás de mí ?
¡ Oh nunca olvides las antiguas prendas,
Se venturosa ! yo te espero allí ! . . .

Heme aquí en la ribera solitaria
De la triste y confusa eternidad . . . !
Solo me queda mi postrer plegaria,
Y silencio . . . y olvido . . . y soledad !

Dios me ha negado de tu amor la palma,
Dios ha puesto un abismo entre los dos . . . !
Mitad del corazon ! mitad del alma !
¡ Ay para siempre . . . para siempre adios ! !

UNA ESPERANZA.



El misterio infinito es mi amor !

IV.

Calma siniestra y fúnebre descende
Sobre mi triste y postrimer camino
En esa obscura inmensidad se enciende
La augusta llama del amor divino.

En esa inmensa plenitud del alma,
En esa ardiente irradiacion de luz,
Glorificada resplandece en calma
De los dolores la triunfante cruz.

Mi tierna inspiracion es mi criterio :
En vano el sábio meditando véla ;
Solo el poeta sorprendió el misterio
Que la divina beatitud revela.

El solo encuentra la harmoniosa clave
Que el gran problema universal esplica,
Cuando cantando, como canta el ave,
De Dios la gloria y magestad pública.

Hoy reverbera tan grandiosa idea
De mi existencia en el profundo arcano,
Cual reverbera el Sol y centellea
En el turbio cristal del Océano.